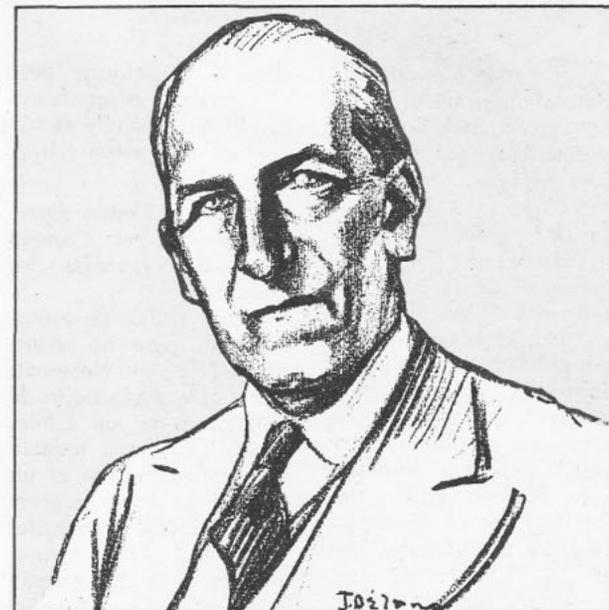


FORJADORES

000183442

Carlos Silva Vildósola (1870-1939)

Un notable que despreció la fama



Periodista, precursor del modernismo, corrió tras los frentes de la guerra del 14. Diez años director de 'El Mercurio'. Antes de su muerte simpatizó con el grupo mozo de la Falange.

En la madrugada del 23 de diciembre de 1939, la lámpara del velador estaba encendida. Su esposa, Amalia Pastor, sorprendida, se volvió sobre él. Un libro sobre su frente yerta ocultaba su rostro sin vida.

Una cruz alta, un sacerdote y tres acólitos presidieron el traslado de los restos. Un grupo compacto marchó detrás, bajo los plátanos orientales de la avenida Pedro de Valdivia.

A las doce de la noche los talleres de *El Mercurio* enmudecieron. Fue una plegaria sin palabras en memoria "del hombre que jamás supo negar un favor".

Era la demostración que en sus diez años como director fue un jefe señorial por la imperceptibilidad del mando. Sus subalternos —colegas o sirvientes— "nunca probaron la dureza de obedecer". Siempre se allegó a cada uno, sea por verlos trabajar o por escuchar sus problemas íntimos.

EL "GENTLEMAN"

Su crianza se dio sin el padre, un militar apostado en Chihuihue, un fuerte de la antigua frontera. Discípulo de Diego Barros Arana en el Instituto Nacional, bebió de su biblioteca personal. Su oratoria encantadora y su talento literario lo cultivó la Academia Tomás de Aquino del Colegio San Ignacio.

Creció junto a su madre.

Una mirada acariciadora salía de sus intensos ojos azules. Un idioma depurado contenía su suave voz. Una estampa fina de piel tersa se deslizaba impecable, rápido.

Su aspecto galante, afectuoso, atraía por una exquisito trato y una charla en que afloraba la amabilidad y el humor al hablar de temas elevados.

Sus estudios de leyes fueron abandonados. Quiso ser periodista. Dos años después de trabajar en *El País*, de Concepción, fue tentado para ir a la redacción de *El Chileno*, de Santiago.

Era un periódico que costaba un centavo el ejemplar, preferido por las cocineras y empleadas del servicio doméstico, pues en sus páginas solían encontrar ocupación.

Convencido de que sus escritos estaban destinados a personas modestas, le preocupaba expresarse con las palabras de todos los días. Esto le demandaba arduas horas, hasta conseguir ese estilo limpio, transparente a los ojos del lector.

El prestigio que adquirió el diario elevó su tirada hasta 50 mil ejemplares diarios.

De súbito zarpó hacia el Viejo Mundo. Consiguió el puesto de segundo secretario de la Legación en Londres. A sus humanidades clásicas, agregaría un andariego cosmopolitismo en su acervo cultural.

La huella británica



quedó impresa en su tolerancia religiosa; en la ciencia de convivir con amigos y adversarios políticos y en la idea de una justicia social plena conseguida por métodos pacíficos.

Se le achacó ser socialista, porque sus artículos "insolentaban a los rotos al sembrar divisiones". Pero se sentía honrado de escribir a conciencia en defensa de los intereses de la mayoría y en contra de los individuales restringidos.

En Londres, entusiasmado por Agustín Edwards Mac-Clure, decidió volver a Chile a dirigir al

naciente *Mercurio*, de Santiago. Un hormiguero de visitantes hacía antesala. Personas de diferentes profesiones y clases sociales acudían a consultarlo o solicitar su apoyo.

Divisó la irrupción del diario moderno. No rehuía los cambios. Los avisos relegaron a la información noticiosa interna y externa. Estos contactaban a miles de hombres que tenían interés en encontrarse para entablar relaciones comerciales.

La vida se aceleraba. El tiempo para la lectura se reducía. El gran título no

era sólo para golpear fuertemente al lector, sino para ahorrar el trabajo de leer. Tales títulos solían tener más opinión que los textos mismos.

Carlos Silva consideraba fundamental la repetición de las ideas. Estas, envueltas en la actualidad del día, lograban penetrar. El lector las asimilaba y al cabo de cierto tiempo las creía suyas. Entonces, el diario ha hecho opinión.

Pero, el buen periodista, decía, debe tener cualidades de artista: "Vibrar con todo rumor externo, reflejar la vida que pasa por su lado, observar con mirada intensa y mostrar siempre sensibilidad".

Sin ello, concluía, "jamás llegará al público, sea cual fuere su cultura intelectual o su talento".

FUGITIVO DEL EXITISMO

Pronto a retornar de su segunda estada en Europa, estalló la guerra del 14. Sin vacilar se hizo corresponsal. Sus artículos impactaron en los diarios de América y España. Varias veces se ubicó tras la línea de fuego británicas, francesas o italianas.

Se estacionó en Suiza, un mirador neutral del conflicto. Pero se le acusó estar comprometido con uno de los bandos beligerantes y que recibía por ello oro a manos llenas.

"Son muchos siglos los

que la humanidad retrocede cuando se ve caminar a centenares de mujeres con sus hijos en brazos, de niños que se rinden a la fatiga, de ancianos a quienes el horror hace insensatos, muchedumbres que preguntan si están ya fuera del alcance del enemigo implacable", escribió.

A su retorno pensó en una patria mayor que la real. Parecía un chileno encaramado en la meseta andina, carente de ese espíritu de angostura personalista, de ahogo pueblerino.

Amigo de la conversación presidía las tertulias en el casino del diario a la hora del té. Se daba maña para estar en todas partes.

En persona le recomendó al Presidente de Estados Unidos, Calvin Coolidge, que había arbitrado el conflicto fronterizo chileno-peruano, que pidiera intercambio de embajadores para encontrar solución. Los hechos posteriores confirmaron la sugerencia.

Pero ello no era susceptible de publicarse. El periodista no debía convertirse en primer actor, en feria de vanidades, en objeto de exitismo enfermizo.

Silva Vildósola huía de la alharaca. Y su casa, construida en los confines del barrio alto, estaba pensada más para la intimidad y el reposo de sus moradores, que para la exhibición ante los transeúntes.